

Politicastro. M. despect. *Político inhábil, rastrero, mal intencionado, que actúa con fines y medios turbios*

La primeras gotas de agua, con que, tradicionalmente, nos indica que el verano está finalizando, se demoraban agostando más de lo que fuera frecuente. En cualquier caso, la poca brisa que soplabá nos permitía caminar por el de la Icena.

La Icena, como es sabido, es con las partidas de la Decena y Lucena la franja cultivada de la umbría que abraza el Rincón del Conde. Al ser tan extensa esta zona del Rincón debe contar y cuenta con varios caminos: el azagador de Fraga, el camino de Museros, el entrador y, especialmente, el camino de Lucena... Y el de la Icena, que nos ocupa, nace prácticamente hoy en la Residencia, al bifurcar con el del Puchiqueto.



Pero, al margen de la descripción topográfica, hoy viene al caso, como camino tradicional en cualquiera de los sentidos, descrito por la literatura cuando todavía era senda “practicada al pie de verdes ribazos”; senda que, literariamente, servía para manifestar la distancia ideológica entre unos y otros pues, quedó escrito que era el ordinario e incómodo paseo de los que rehuían mezclarse a la algazara de la carretera¹, por una parte, y, por otra, con los políticos encargados de gobernar el pueblo. Senda que, remataba su autor, era el “paraje donde cotidianamente solían discurrir algunos librepensadores, gente arriscada y orgullosa de no padecer lo que llamaban rancias supersticiones de aquel pueblo atrasado y levítico”.

Por la Icena, digo, caminábamos y su tranquilidad, o no sé qué influencia de aquellos librepensadores, arriscados y orgullosos, arrancaron de mis labios oculto pensamiento, celosamente guardado hasta aquel momento.

Y, contraponiendo los sesudos personajes de la obra de Ciges Aparicio con los politicastros actuales de uno u otro color, me encontré revelando mi oculto pensamiento político.

¹ Ciges Aparicio, M. El Vicario, 1905, cap. VI, 93 y s. Conviene no olvidar que, en las fechas a que hace referencia el escrito, por carretera debemos entender lo que hoy denominamos Camino Viejo, pues la actual carretera se construyó a finales de los años veinte del siglo pasado.

- Pero lo que decíais el otro día sería en plan pitorreo...
- ¿Por qué crees que era para divertirnos?
- Hombre porque os conozco a toos y cada uno de quienes estabais dale que te pego
- Pues no, Enrique, no. Lamentablemente lo que debía haber pasado al basurero de la Historia (así con mayúscula), estos de ahora lo traen del túnel del tiempo. Eso sí, acomodado a sus intereses.
- Pero tu...
- No solo lo pienso, sino que, sabiendo que es “políticamente incorrecto”, entre bromas y veras, creo que es bueno poner las cosas en su sitio y, ante las nuevas generaciones, me siento en la obligación de expresarlo, cuando menos, para que no utilicen mis palabras, escritos, así como las actividades en la fundación como piedras que se arrojan a la cabeza unos y otros.

Y así, con voz baja pero firme, ahora durante nuestro deambular por el camino de la Ikena, el camino de los librepensadores, le ratifiqué cuanto Enrique creía haber entendido en la plaza, en torno a unas cervezas, aquella tarde del verano agosteño.



Y es que ya estoy harto de contemplar cómo los insultos se entienden cual si fueran exposiciones de ideas políticas, cuando no discusiones.

Personalmente no me siento demócrata. Es más, no solo no me siento sino que entro en prevención cuando alguien, venga o no acuento, se proclama “demócrata”, a la vez que tilda a otro de “fascista” que, por cierto, suele ser en tales sujetos práctica arrojarlo como insulto contrapuesto a su calidad de “demócrata”; que tiene bemoles la cosa.

Ambos conceptos para mi han dejado de definir; han pasado de ser ideas o expresiones de pensamiento político para ser convertida en pedruscos arrojados al discrepante.

Como los massmedia, y la práctica diaria, ya dan razón de lo malo que es ser fascista, aquella tarde de verano unos y otros, personas mayores todas, ironizábamos en unos casos, y en otros manifestaban desazón ante quien se proclama “demócrata”.

- Pero es que lo que decía...

- Y tenía razón. Seguramente lo has olvidado, Enrique, pero tu igual que yo recordamos que había dos “alemanias”: la Federal y la Democrática; al menos así eran conocidas. La primera era la República Federal Alemana y la otra era la República Democrática Alemana.
- Sí, así era... lo recuerdo, ratificó Enrique. Y habían más: estaban la República Democrática de Polonia, la de Hungría, la de Checoslovaquia...
- De igual modo que, aún hoy, no les caen los anillos a la República Democrática de Cuba, de China o de Corea del Norte...
- Así es, los impresionantes paraísos democráticos para algunos.
- Pero Enrique no te engañes, ni tu ni nadie: Rusia no era democracia, no; era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS de los periódicos y de los libros de texto.
- ¡Es verdad!
- Y yo, ¿qué quieres que te diga? ¡No quiero vivir en una democracia y, menos todavía, ser demócrata!

Enrique soltó la carcajada, para agregar: Si es que lo que no se te ocurra a tu...

- No, Enrique, no es una ocurrencia mía: es la constatación de lo que hay.

Ante su mezcla de incredulidad y admiración hacia cuanto veníamos de concluir, a propósito de la conversación de la otra tarde en torno a unas cervezas rematé:

- ¿Tú no recuerdas que Franco también era demócrata?
- ¡¡...!!
- Sí, Enrique; esto, nos decían refiriéndose a esta España nuestra, era una “democracia orgánica” ¿o es que ya lo has olvidado?
- Como pa que nos vengan...

Por la transcripción
Pepe Cerdá

